

**Por la parte de Swann**  
**A la busca del tiempo perdido, I**

el paseo | central, 26

MARCEL PROUST

# Por la parte de Swann

A la busca del tiempo perdido, I

Edición anotada y puesta al día  
de Mauro Armíño

el paseo, 2022

Título original: *À la recherche du temps perdu*  
*Du côté de chez Swann*

© de la traducción, introducción y notas: Mauro Armiño, 2022

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2022

www.elpaseoeditorial.com

*1.ª edición: octubre de 2022*

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés

Corrección: César de Bordons Ortiz

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. (OBRA COMPLETA) 978-84-19188-07-6

I.S.B.N. (PRIMER VOLUMEN) 978-84-19188-08-3

DEPÓSITO LEGAL: SE-1859-2022

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

## Contenido

INTRODUCCIÓN, por Mauro Armiño	IX
Prólogo	IX
Nota sobre esta edición	XXXIX
Cronología biográfica de Marcel Proust	XLI
Bibliografía esencial	LVII
Diccionario de personajes	LXV
Diccionario de lugares	CXXI
<i>Por la parte de Swann</i> <i>(A la busca del tiempo perdido, I)</i>	
PRIMERA PARTE. Combray	5
I	7
II	58
SEGUNDA PARTE. Un amor de Swann	211
TERCERA PARTE. Nombres de países: el nombre	429
RESUMEN	481

## Introducción

### PRÓLOGO

La celebración del centenario de la muerte de Marcel Proust (18 de noviembre de 1922) casi obligaba a una revisión y puesta al día de un trabajo iniciado hace más de treinta años y publicado en los primeros años del siglo XXI. El cúmulo de ensayos, ediciones, diccionarios, etc. sobre Proust que la filología francesa ha difundido mientras tanto puede calificarse de ingente, por haberse convertido el autor de *A la busca del tiempo perdido* en el icono francés de la historia de la literatura de su siglo. No ofrecen los nuevos trabajos una cara distinta ni revolucionan el sentido de Proust, pero sí afinan el perfil, aclaran facetas y rasgos, en especial sobre el método de composición de la novela y de la inclusión de detalles más que datos de vida del autor, aunque muy difuminados, rehechos por el Narrador; también aclaran los caminos que siguen a lo largo de esa vida sus «obsesiones» sobre temas que ya aparecen en las colaboraciones periodísticas de los primeros años, y reaparecen en las dos primeras décadas del siglo XX, incrustadas en *A la busca del tiempo perdido*, casi tal cual se habían publicado en el periódico o escrito sin publicar.

He revisado en profundidad el texto y he puesto al día, de acuerdo con los trabajos filológicos más recientes, la anotación, imprescindible para una lectura correcta de la obra proustiana: más de cien años después de su escritura, personajes y hechos históricos o no históricos, perfectamente conocidos para los lectores de la época, se han desvanecido en la mente de un lector actual, y más si no es francés, por el inexorable trabajo del tiempo. Es obligado en los autores clásicos, y Proust ya lo es.



Son pocos, e incluso podrían parecer irrelevantes, los datos que conocemos de Marcel Proust; sin embargo de pocos escritores –ni siquiera de un André Gide, autor de un voluminoso *Journal*– sabemos tanto. Gide hace, escribe su gran diario con plena conciencia de memorialis-

ta, y el memorialista recuerda y manipula con destino al futuro una especie de legado, de biografía autorizada, cuando no de hagiografía laica. De ningún otro escritor conocemos más que de Proust, pero ¿son datos lo que conocemos? La media de ciento cincuenta cartas por año a partir de 1890 termina ofreciendo un monto epistolar que se acerca a las cinco mil cartas: solo Voltaire le supera en este apartado. Aunque a esa media de tres cartas diarias hay que sumarle las que se han perdido o han sido destruidas: su sobrina, Suzy-Mante Proust quemó buena parte de la correspondencia amorosa entre su tío y Reynaldo Hahn; en la década de los veinte, el regente del hotel Marigny vendió a bajo precio a sus clientes las que tenía en su poder y cuyo paradero no es desconocido; las cartas de Proust a su abuelo siguen, seguían hace poco, en manos de un coleccionista; otras se destruyeron por distintos motivos y se supone que son muchas las perdidas; a cuenta gotas continuaban apareciendo otras de forma constante.

Pero a diferencia de Voltaire, que escribe para informarse, pedir un libro, impartir ideas, agradecer regalos, en Proust se produce la transmutación de la vida en escritura inmediata, que es una constante de la andadura narrativa proustiana: recuérdense la importancia radical de las cartas de Mme. de Sévigné a su hija, lectura predilecta de la abuela del Narrador, y la transcripción de cartas reales entre Proust y Alfred Agostinelli en *La fugitiva*: la carta permite captar la fragilidad del tiempo, con todas las idas y venidas de la contradicción constante de la conciencia sobre sentimientos o hechos.

Las cartas de Proust, dirigidas a una gran variedad de correspondientes, giran, desde luego, sobre el mundo exterior, pero visto desde la conciencia y necesidad de Proust de conocerse a sí mismo, de buscar la esencia propia a pesar de vivir casi encerrado en una habitación forrada de corcho. Por regla general, en esa abultada correspondencia no encontrará el lector ni secretos esenciales de cocina literaria, ni un hilo conductor para adentrarse en la *belle époque* –pese a que sus destinatarios pertenezcan a ese ambiente–, ni grandes concepciones sobre la vida y el mundo, ni apasionadas declaraciones sentimentales o eróticas: todo esto yace enmascarado bajo una multiplicidad de fórmulas sociales, de tópicos, de entusiasmos demasiado retóricos, de detalles menudos de la vida cotidiana, de minuciosa cuenta de su estado de salud –que utiliza como barrera frente al mundo y le permite controlar, con el asma por rienda, su vida social–; de hecho, toda esta correspondencia no es sino el envoltorio de un personaje que Proust crea: el enfermo entre tinieblas, encerrado en una especie de ermita hecha de corcho que, al vaivén de su asma –de su capricho–, gestiona el tiempo de su vida y de su escritura; el asma terminará siendo una tiranía del

doliente que impone a los demás el ritmo de visitas y, al mismo tiempo, los obliga a atender los requerimientos del enfermo en cuanto este los solicita. Su contenido expone preocupaciones financieras, intrigas mundanas, estados de ánimo provocados por celos o penas de amor –sobre todo cuando Agostinelli muere en 1914–, descripciones de su estado físico –en especial a su madre, en una relación epistolar ritualizada dentro de la misma casa, con la sopera del comedor como buzón de correos–, detalles culinarios o indumentarios, consultas higiénicas o médicas, y peticiones de datos de todo tipo con vistas a su empleo en la novela, que, en algún caso, van puntuando la génesis de *A la busca del tiempo perdido*. Un día a día de vida y obra: dada la simbiosis que esos elementos alcanzan, sirven ante todo para mostrar la máscara con que Proust crea su propio personaje.

Sin embargo, de tan ingente cantidad de datos menudos va surgiendo el imaginario que sustenta la conciencia del Narrador de *A la busca del tiempo perdido*. Hasta el punto de que hay cartas que pueden ser vistas a la luz de la obra: además de las de Agostinelli, que sirven para el episodio de Albertine, las cartas de pésame a los deudos de algún fallecido, que escenifican el propio dolor de Proust ante la pérdida de su madre, un dolor real del que hay un ejemplo temprano en el artículo-relato «Sentimientos filiales de un parricida». En cuanto al amor, son pocas las huellas que quedan en la correspondencia –al menos en la que se ha conservado– para penetrar ese misterio, si dejamos a un lado las propuestas homosexuales que Proust hace con diecisiete años a dos condiscípulos del liceo Condorcet, Jacques Bizet, hijo del autor de *Carmen*, y a Daniel Halévy, y que estos responden de forma contundente.

No deja de ser la menor de las paradojas de Proust su negación constante de la importancia de la biografía de un escritor para el análisis de la obra: Proust presta a algunos personajes de *A la busca del tiempo perdido* las teorías estéticas de Sainte-Beuve, el crítico más prestigioso y con mayor peso en la sociedad literaria del final de siglo francés –la bandera de la ridiculez de esas teorías la enarbola Mme. de Villeparisis: nadie mejor que ella puede hablar de Victor Hugo, de Balzac, de Vigny, porque los ha conocido, de niña, en el castillo de sus padres–. Proust llega a idear todo un libro –*Contre Sainte-Beuve*–<sup>1</sup> para atacar esas ideas y, sin embargo, su novela iba a convertirlo en una destilación

---

<sup>1</sup> Solo han quedado, en sus abundantes *Cahiers*, apuntes y reflexiones de todo tipo; fueron editados con en 1971 en *Contre Sainte-Beuve, précédé de Pastiches et mélanges, et suivi d'Essais et articles* (en colaboración con Yves Sandre); y más recientemente en *Essais*, bajo el epígrafe de «Dossier de *Contre Sainte Beuve*» (Pléiade, 2022).

la construye sobre una casa de campo habitada por una extraña joven, Juliette Joinville d'Artois, personaje utilizado a su vez como uno de los modelos de Mlle. Vinteuil.

MONTJOUVAIN. Casa del músico Vinteuil y de su hija, a la que en una ocasión acuden los padres del Narrador para oír a su dueño tocar el piano. En ella ocurre una de las escenas clave: el Narrador sorprende fortuitamente, desde un talud, a Mlle. Vinteuil y a su amiga besándose y escupiéndolo sobre el retrato del padre ya muerto (*Por la parte de Swann*).

PARÍS. La capital de Francia ocupa un lugar importante en la novela; en ella transcurre «Un amor de Swann», la primera parte de *A la sombra de las muchachas en flor*, *La parte de Guermantes* –casi íntegramente–, y los tres últimos volúmenes. Pese a esta presencia, el Narrador describe poco la ciudad, salvo su evolución y desarrollo por el oeste –zona a la que se traslada la alta sociedad y donde el príncipe de Guermantes se construirá su palacete (*El tiempo recobrado*)–, la vida de la ciudad durante los bombardeos alemanes y alguna zona: los jardines de los Campos Elíseos –donde juega en la infancia con Gilberte–, el *faubourg* Saint-Germain, el Bois de Boulogne –adonde acude para pasear y, sobre todo, para ver a Odette– y el Trocadéro –donde el Narrador manda a Françoise en busca de Albertine–.

PIERREFONDS. Castillo cerca de Compiègne que Odette visita acompañada por los Verdurin durante sus primeras relaciones con Swann (*Por la parte de Swann*).

RASPELIÈRE, LA. Castillo de los Cambremer, próximo a Balbec, que los Verdurin alquilan en *Sodoma y Gomorra*; los nuevos inquilinos entran sin respetar nada, ni el mobiliario ni la decoración, en nombre de su «buen gusto», hasta el punto de que el jardinero se queja a Mme. de Cambremer. En ese castillo, el clan Verdurin sigue celebrando en verano sus *soirées*, a las que los habituales se dirigen en el trenecito de Balbec que tiene su término en Denville. Proust utiliza principalmente como modelo la villa Les Frémonts, en Trouville, propiedad de una familia amiga, los Baignères, y la casa de campo de Mme. Aubernon, en Louveciennes, llamada Cœur Volant.

RIVEBELLE. Localidad balnearia, cercana a Balbec, adonde acuden regularmente a cenar Saint-Loup y el Narrador durante la primera estancia de este (*A la sombra de las muchachas en flor*). En ese restaurante ven por primera vez a Elstir. Proust construye el nombre sobre Riva-Bella, pueblo cercano a Cabourg, y Belle-Rive, a orillas del lago de Ginebra.

ROUSSAINVILLE-LE-PIN. Pequeña población cercana a Combray, dotada de torreón, en la ruta de Méséglise; a su mercado acude Françoise los sábados, alterando la organización de ese día de la semana. También a Roussainville iba Gilberte a jugar de niña. A menos de dos kilómetros al sur de Illiers, una pequeña aldea lleva el nombre de Roussainville; y otra, al norte de Illiers, el de Bailleau-le-Pin.

SAINT-ANDRÉ-DES-CHAMPS. Iglesia cercana a Combray, de pórtico con esculturas a cuyas caras se asemejan las de Françoise y Théodore, el mozo



de la tienda de Camus. Proust utiliza Notre-Dame-des-Champs, de Châteaudun, y la de Saint-Loup-de-Naud como referentes góticos.

**SAINT-HILAIRE.** Nombre de la iglesia de Combray, a cuyo alrededor se organiza la vida de la ciudad, y cuyo campanario resulta visible desde cualquier punto de esa población; desde él se divisa, según explica el párroco durante una visita a tía Léonie, una espléndida perspectiva del valle circundante. En esa iglesia verá el Narrador por primera vez a la duquesa de Guermantes, en la capilla de Gilberto el Malo, el día de la boda de la hija del médico del pueblo, el doctor Percepied (*Por la parte de Swann*).

**TANSONVILLE.** Residencia de Swann, cerca de Combray, en la parte de Méséglise. Durante un paseo con su padre y su abuelo, el Narrador divisa a una niña a la que más tarde encontrará en los Campos Eliseos, Gilberte, acompañada por Mme. Swann y por el barón de Charlus. Los padres del Narrador no visitan la finca desde el matrimonio de Swann con Odette de Crécy. En un repecho cercano a la casa, por donde caminan durante sus paseos, está el matorral de espinos blancos, de los que el Narrador se despedirá emotivamente, en un pasaje célebre, al término de sus vacaciones en Combray. En *La fugitiva*, Gilberte Swann, convertida en Mme. Saint-Loup, se instala en Tansonville, donde recibe unos días la

visita del Narrador; durante la guerra, Gilberte se refugia también en esa finca, que será invadida por los alemanes (*El tiempo recobrado*). Proust da ese nombre, el de un castillo situado a tres kilómetros de Illiers, a la figuración novelesca del jardín del Pré-Catelan, de su tío Jules Amiot.

**THIBERZY.** Pequeña localidad en los alrededores de Combray, a la que van en busca de una comadrona para que ayude en el parto de la fregona (*Por la parte de Swann*).

**VENECIA.** Desde *Por la parte de Swann*, Venecia vive en la ensoñación del Narrador, pero debe renunciar a su primer proyecto de viajar a esa ciudad italiana por enfermedad. En *La prisionera* será la presencia de Albertine la que haga imposible el viaje. En *La fugitiva* lo realiza por fin, acompañado por su madre.

**VIEUXVICQ.** Localidad cercana a Combray, cuyo campanario se mezcla, durante la perspectiva de un paseo en el carruaje del doctor Percepied, con los dos campanarios de Martinville.

**VIVONNE.** Curso de agua de Combray, situado en la parte de Guermantes, cuyo manantial, que no consigue encontrar, convertirá el Narrador en la entrada de los Infiernos. Proust tomó por modelo el Loira, prestándole el nombre de un regato de Illiers, el Thironne.

# Por la parte de Swann

A la busca del tiempo perdido, I

A MONSIEUR GASTON CALMETTE<sup>1</sup>

Como testimonio de profunda y afectuosa gratitud

MARCEL PROUST

---

<sup>1</sup> Gaston Calmette (1858-1914) dirigió *Le Figaro* desde 1900 hasta el 16 de marzo de 1914, fecha en que fue asesinado en su despacho de un disparo por la mujer del ministro de Finanzas Joseph Caillaux, político progresista contra el que *Le Figaro* había hecho campaña. Calmette abrió en 1900 las páginas del periódico a Proust, en cuyo suplemento publicó ocho de sus pastiches (1908-1909). En esta última fecha, Proust pensó en el periódico para editar fragmentos de su novela, pero solo en marzo, junio y septiembre de 1912 y marzo de 1913 se hicieron realidad sus intentos.

**PRIMERA PARTE**

**Combray**

## I

Durante mucho tiempo me acosté temprano. A veces, apenas apagada la vela, mis ojos se cerraban tan deprisa que no tenía tiempo de decirme: «Me duermo». Y media hora después me despertaba la idea de que ya era hora de buscar el sueño: quería dejar el libro que aún creía tener en las manos y soplar mi luz; no había cesado de reflexionar sobre lo que acababa de leer mientras dormía, pero esas reflexiones habían tomado un giro algo particular: me parecía que era yo mismo aquello de lo que hablaba la obra: una iglesia, un cuarteto, la rivalidad entre Francisco I y Carlos V. Esa creencia sobrevivía unos segundos a mi despertar: no chocaba a mi razón, pero pesaba como escamas sobre mis ojos y les impedía darse cuenta de que la vela ya no estaba encendida. Luego empezaba a volverse ininteligible, como después de la metempsícosis los pensamientos de una existencia anterior; el asunto del libro se desprendía de mí, y yo era libre de centrarme o no en él; enseguida recuperaba la vista y quedaba atónito al encontrar en torno mío una oscuridad suave y sosegada para mis ojos, aunque quizá más todavía para mi mente, a la que se presentaba como algo sin causa, incomprensible, como algo verdaderamente oscuro. Me preguntaba qué hora podía ser; oía el pitido de los trenes que, más o menos lejano, como el canto de un pájaro en un bosque, determinando las distancias, me describía la extensión del campo desierto donde el viajero se apresura hacia la estación cercana; y el sendero que sigue va a quedar grabado en su recuerdo por la excitación que debe a unos lugares nuevos, a unos actos insólitos, a la reciente charla y a la despedida bajo la lámpara extraña que todavía lo siguen en el silencio de la noche, a la dulzura próxima del regreso.

Apoyaba delicadamente mis mejillas contra las hermosas mejillas de la almohada que, llenas y frescas, son como las mejillas de nuestra infancia. Rascaba una cerilla para mirar el reloj. Pronto medianoche. Ese es el instante en que el enfermo que se ha visto obligado a salir de viaje y ha debido acostarse en un hotel desconocido, despertado por una crisis, se alegra al percibir bajo la puerta una raya de luz. ¡Qué gozo, ya es de día! Dentro de un momento los criados estarán levantados, podrá llamar, vendrán a traerle ayuda. La esperanza de ser aliviado le da el valor para sufrir. Precisamente ha creído oír pasos; los pasos se acercan, luego se alejan. Y la raya de luz que había debajo de su puerta ha desaparecido. Es medianoche: acaban de apagar el gas; el último criado se ha ido y habrá que permanecer toda la noche sufriendo sin remedio.

Volvía a dormirme, y a veces solo me despertaba un breve instante, el tiempo de oír los crujidos orgánicos de los artesonados, de abrir los ojos para fijar el caleidoscopio de la oscuridad, de saborear gracias a un vislumbre momentáneo de conciencia el sueño en que estaban sumidos los muebles, el cuarto, el todo aquel del que yo solo era una pequeña parte y a cuya insensibilidad volvía a unirme de inmediato. O bien mientras dormía había alcanzado sin esfuerzo una época por siempre pasada de mi vida primitiva, había encontrado alguno de mis terrores infantiles, como el de que mi tío abuelo me tirase de los rizos y que se había disipado el día –inicio para mí de una era nueva– en que me los habían cortado. Durante el sueño había olvidado ese acontecimiento, cuyo recuerdo recobraba nada más despertarme para escapar de las manos de mi tío abuelo, pero, como medida de precaución, envolvía por completo mi cabeza con la almohada antes de regresar al mundo de los sueños.

A veces, igual que Eva nació de una costilla de Adán, una mujer nacía durante mi sueño de una falsa postura de mi muslo. Formada por el placer que estaba a punto de gozar, imaginaba que era ella quien me lo ofrecía. Mi cuerpo, que sentía en el suyo mi propio calor, quería unirse a él, y me despertaba. El resto de los humanos me parecía como muy lejano comparado con aquella mujer a la que había dejado hacía apenas unos instantes: todavía guardaba mi mejilla el calor de su beso, mi cuerpo se-

guía extenuado por el peso de su talle. Si, como a veces ocurría, tenía los rasgos de una mujer que yo había conocido en la vida, iba a entregarme por completo a ese fin: encontrarla, como esos que parten de viaje para ver con sus propios ojos una ciudad deseada y se figuran que pueden disfrutar en una realidad el hechizo de lo soñado. Poco a poco iba desvaneciéndose su recuerdo, había olvidado a la muchacha de mi sueño.

Un hombre que duerme tiene en círculo a su alrededor el hilo de las horas, el orden de los años y de los mundos. Al despertarse los consulta por instinto y en un segundo lee en ellos el punto de la tierra que ocupa, el tiempo que ha transcurrido hasta su despertar; pero sus hileras pueden mezclarse, romperse. Si hacia el amanecer, tras algún insomnio, el sueño lo atrapa mientras lee, en una postura demasiado distinta de aquella en que habitualmente duerme, basta su brazo levantado para detener y hacer retroceder el sol, y en el primer minuto de su despertar no sabrá siquiera la hora, pensará que apenas acaba de acostarse. Y si se adormece en una postura todavía más desplazada y divergente, sentado, por ejemplo, después de la cena en un sillón, entonces será completa la conmoción en los mundos salidos de sus órbitas, el sillón mágico le hará viajar a toda velocidad en el tiempo y en el espacio, y en el instante de abrir los párpados creará haberse acostado varios meses antes en otra región. Pero bastaba que, en mi cama misma, mi sueño fuese profundo y sosegase por completo mi espíritu; entonces este abandonaba el plano del lugar en que me había dormido, y cuando me despertaba en mitad de la noche, por ignorar dónde me encontraba, en un primer momento no sabía siquiera ni quién era; solo tenía, en su simplicidad primera, la sensación de la existencia como puede temblar en el fondo de un animal; me encontraba más desprovisto que el hombre de las cavernas; pero entonces el recuerdo –aún no del lugar en que me hallaba, sino de algunos de aquellos donde había vivido y donde habría podido estar– venía a mí como una ayuda desde lo alto para sacarme de la nada de la que nunca habría podido salir solo; en un segundo pasaba por encima de siglos de civilización, y la imagen confusamente vislumbrada de lámparas de petróleo, luego de camisas de cuello vuelto, iban recomponiendo poco a poco los rasgos originales de mi yo.